

fundas están en marcha. El oleoducto de salida al Mediterráneo a través de Turquía ya es un hecho. El "oleoducto estratégico" que une la producción del norte y el sur es una obra gigantesca que está lista.

Pero lo más importante de todo ha sido la voluntad política decidida para manejar con esfuerzo propio y en forma soberana el recurso petrolero.

#### COMPRAR SOLO LO NECESARIO

Pero de nada vale la nacionalización y el enorme incremento de ingresos si todo ello no se utiliza como instrumento de liberación nacional. La primera condición es no convertir el país en esclavo de las importaciones extranjeras como ocurre hoy en Venezuela. Para ello no hay otra alternativa que el control eficaz del comercio exterior para importar sólo lo necesario y de acuerdo a una planificación; e importar medios para producir, y no bienes para consumir.

Desde luego cuando uno se pasea por las calles de Bagdad no puede creer que está en un país con la misma capacidad de importación que Venezuela. El aspecto externo de la vida es más austero. Ni el lujo importado, ni el desbordamiento de mercancías innecesarias está presente. Desde luego, al ser pequeña la producción industrial propia, hay muchos artículos importados, pero aquello que se sale de la necesidad media sólo se consigue en un comercio de Bagdad donde únicamente se puede comprar con pasaporte, dólares y control muy rígido de la cantidad máxima.

El comercio exterior en manos del estado venía desde 1964, pero ahora se perfeccionó y sobre todo se planificó. El porcentaje de importación de los privados bajó notablemente, así como la influencia de los grandes comerciantes. Ahora la mayor parte de las importaciones son de bienes de equipo para inversiones planificadas.

En 1969 los bienes de consumo constituían el 41,3 por ciento de las importaciones, para 1973 bajaron al 31,7 por ciento y se espera que para 1980 representen sólo el 13,8 por ciento del total de las importaciones, aunque en cifras absolutas hay un crecimiento. Por el contrario los bienes de equipo han pasado del 27 por ciento en 1969 a 32,8 por ciento en 1973 y se prevé el 61 por ciento para 1980.

Otro dato interesante en cuanto a las relaciones exteriores es la muy escasa presencia norteamericana. Iraq siempre fue un país de mayor influencia inglesa. Hoy, como país empeñado en la construcción del socialismo tiene múltiples acuer-

dos con los países socialistas y una básica solidaridad con ellos, pero sin llegar a una coincidencia ideológica y política como la de Cuba por ejemplo y sin que en el comercio exterior y en los contratos industriales predomine el bloque socialista.

Europa Occidental y Japón siguen predominando tanto en las importaciones como en las exportaciones. Ello se debe —me parece—, además de las razones económicas, al hecho de que el partido Baaz es antiimperialista y socialista pero su nacionalismo panárabe lo vuelve muy sensible al dominio de cualquier otra fuerza o bloque. Ideológicamente tampoco es un partido marxista-leninista, aunque en el fondo de muchos análisis sociales y métodos está presente la influencia de esta corriente.

Estas razones lo llevan a militar en el bloque de países no alineados y a buscar la diversificación de las fuentes de importación y del destino de las exportaciones, así como el origen de la tecnología. El petróleo lo exportan en un 90 por ciento a los países capitalistas como Italia, Francia, Japón, Gran Bretaña,... e importan de Alemania, Japón, Francia, Italia, U.S.A., Gran Bretaña en cantidades que en conjunto son muy superiores a los de los países socialistas juntos. Sin embargo políticamente están más cerca de los países socialistas. Este sano pragmatismo parece muy conveniente. Es posible que la prisa por convertir los recursos petroleros en empresas industriales haya influido también en Iraq. No sería raro, como ha pasado en todos los países petroleros, que se hayan acelerado los proyectos de tal manera que haya sufrido mella el componente (humano y material) nacional en esos proyectos y sea excesivo el componente importado. No tengo elementos de juicio sobre este aspecto que hubiera requerido una visita más larga, pero lo advierto en vista de la gran dificultad que tienen para librarse de esta peligrosa tentación los países subdesarrollados que tienen recursos financieros abundantes en divisas.

Nos queda por aclarar qué está haciendo el Iraq para afrontar la necesidad urgente de industrialización, de potenciación agrícola y de revolución cultural para que la mayoría trabajadora iraquí sea sujeto y señor de todo el proceso. También conviene aclarar en qué sentido es socialista, qué tipo de socialismo buscan, qué formas de propiedad defienden, qué lugar dan a la religión, cuál es en definitiva el modelo político. Estos serán los puntos que abordaremos en el próximo número al tiempo que veremos las limitaciones, dificultades y problemas que confrontan para hacer realidad el resurgimiento de una sociedad independiente socialista y humanista. ●

## EL CAPITAL DE MARX: ¿CIENCIA O IDEO

El marxismo vive una profunda crisis. Sweezy y Baran, sus mejores representantes en Norteamérica, han sido cuestionados bajo la acusación de no haber comprendido bien la naturaleza del trabajo abstracto. En Inglaterra, tras grandes esfuerzos para conciliar los tomos I y III de "El Capital", se ha producido un sustancial aunque discreto regreso a la teoría ricardiana del valor. En Francia, ha quebrado la pretensión de Althusser de interpretar "El Capital" excluyendo el concepto de alienación. Y las tentativas de Arghiri Emmanuel, Samir Amin y otros, para hacer Economía Política, apoyándose en la teoría marxista del valor, se han convertido en un lastimoso espectáculo en el que la teoría económica neoclásica se mezcla con la descripción empírica. En Alemania, el Hegelianismo de la Escuela de Frankfurt, es un pasado ya lejano. Y, finalmente, en Italia, el derrumbe de Galvano Della Volpe en su pretensión de sustituir la especulación hegeliana por la solidez científica Kantiana como fundamento del marxismo, ha influido posiblemente en prominentes líderes del Partido Comunista Italiano quienes han calificado al marxismo de "Letra Muerta".

La similitud y la profundidad de los fracasos de Althusser y Della Volpe, constituyen un serio golpe para el marxismo. Lamentablemente el primero de ellos ha mostrado que toda inversión de Hegel no puede ser más que otra metafísica. Esto es lamentable porque las dificultades de Althusser y Della Volpe, la imposibilidad de construir una epistemología marxista que excluya la alienación y el absurdo de pretender fundar a Marx en Kant, no dejan más camino que aceptar lo inaceptable: Marx sólo puede ser entendido como una inversión de Hegel. Esta es precisamente la conclusión de Lucio Colletti, tras 25 años de esfuerzos para fundamentar al Marxismo. Refiriéndonos a "El Capital" dice este autor italiano: "una filosofía que pretende darse un estatuto diferente

una ciencia marxista de lo económico es imposible, ¿qué quedará en pie de una teoría que en primera, última o intermedia instancia se funda en el dominio de las determinaciones económicas sobre las ideas de los hombres?

En la Contribución a la Crítica de la Economía Política de 1959, en una demostración de honestidad científica, Marx asume conscientemente una duda:

“El trabajo socialmente necesario no es, pues, una presuposición preparada sino un resultado que se obtiene y de aquí se deriva una nueva dificultad: que las mercancías por una parte tienen que entrar al proceso de cambio como tiempo de trabajo general materializado, y que, por otra, la materialización del tiempo de trabajo de los individuos como tiempo de trabajo general no es más que un producto del proceso”. (3)

En 1867, en la primera versión del Cap. I de “El Capital”, Marx tratando de destacar el papel preeminente del hombre y de su trabajo, afirma:

“Los hombres relacionan sus productos como valores en la medida en que estas cosas son para ellos solamente envolturas materiales de trabajo humano homogéneo”. (4)

En la versión del Cap. I que conocemos, la de 1873, en el afán científico de reproducir la realidad capitalista tal como ella es, Marx cambia este párrafo exactamente por su contrario:

“Los hombres no relacionan entre sí los productos de su trabajo como valores, porque estos objetos les parecen envolturas, simplemente materiales de un trabajo humano igual. Es al revés. Al equiparar unos contra otros en el cambio, como valores, sus diversos productos, lo que hacen es equiparar entre sí sus diversos trabajos como modalidades de trabajo humano”. (5)

También de esa edición de 1873 es este párrafo que destaca el papel activo del hombre y el carácter determinante de su trabajo:

“Para encontrar la igualdad *toto coelo* de diversos trabajos, hay que hacer forzosamente abstracción de la desigualdad real, reducirlos al carácter común a todos ellos como desgaste de fuerza humana de trabajo, como trabajo humano abstracto”. (“El Capital”, pág. 39).

En 1875, en la edición francesa de “El Capital”, Marx de nuevo produce un cambio desconcertante que convierte al trabajo de determinante en un determinado. En el mismo párrafo antes citado sustituye el punto por una coma y agrega:

“Y sólo el cambio realiza esta reducción al oponer los productos de diferentes formas de trabajo unos a otros sobre la base de la igualdad”. (6)

Como parece evidente, Marx oscila entre las dos concepciones contenidas en el párrafo de la Contribución de 1859, citado en primer lugar. Esta dualidad irreconciliable destruye la posibilidad de que “El

Capital” sea, al mismo tiempo, una obra científica y un manifiesto revolucionario. Si optamos por el primero de los dos momentos de la “dificultad” de 1859, “que las mercancías entran al proceso de cambio como tiempo de trabajo general materializado”, es decir, si nos quedamos con el párrafo de 1867 y con el segundo de los dos de 1873, estaremos escogiendo el camino de la revolución, poniendo en primer plano a la producción y al trabajo y destacando el carácter fundante del hombre. Pero estaremos también renunciando a la posibilidad de hacer ciencia, puesto que a nivel de la producción, antes de que las mercancías se enfrenten en el cambio, no existe ninguna posibilidad de establecer la cantidad de valor o de tiempo de trabajo socialmente necesario que ellas contienen. Esta concepción es la que generalmente se conoce como teoría marxista del valor, hoy en profunda crisis, precisamente porque es imposible saber algo del valor si los productos no se enfrentan a través del mercado.

Si optamos por el segundo de los dos momentos de 1859: “que la materialización del tiempo de trabajo de los individuos como tiempo de trabajo general no es más que un producto del proceso de cambio”, es decir, si asumimos el primero de los párrafos citados de 1873 y el de 1875, estaremos escogiendo el camino de la ciencia, la reproducción de la realidad capitalista tal como verdaderamente ella es. Pero esto significa poner al mercado como fundante, al trabajo y al hombre como determinados y no como determinantes. Esta concepción es la que generalmente se conoce como teoría marxista del fetichismo de la mercancía.

La primera de estas dos ontologías sociales impide construir una EP científica pero permite denunciar ideológicamente al capitalismo como una sociedad injusta. La segunda permite desarrollar una EP pero destruye la teoría del valor-trabajo, puesto que deja claro que en la sociedad mercantil no hay más entidad real que el valor de cambio y que el valor-trabajo es sólo una categoría moral que permite una poderosa crítica de la sociedad.

Nos dedicaremos en lo que resta, a señalar algunos otros aspectos de “El Capital”, que muestran la coexistencia en dicha obra de una teoría científica y una crítica revolucionaria que no se tocan para nada.

1. En las primeras páginas de “El Capital”, al pretender deducir la categoría valor a partir del valor de cambio, es decir, de la empiria capitalista, pareciera que Marx va a tomar el camino de la ciencia. A ella conduce estas secuencias de pasos: (a) Si tomamos dos mercancías cualesquiera para ver qué hay de común en ellas, es decir, para ver qué hay detrás del

del de la ciencia es una filosofía moral, es decir, una religión apenas velada” (1).

Si Colletti tuviese razón, si “El Capital” fuese una religión apenas velada, las posibilidades científicas del marxismo se habrían hundido por completo y se haría evidente que se trata de una ideología con los mismos derechos y el mismo valor que cualquier otra. Porque todas las esperanzas de que el marxismo sea una ciencia están centradas hoy en “El Capital”. Sólo unos pocos fanáticos siguen todavía creyendo que se puede construir una dialéctica de la naturaleza y que el marxismo dispone de una filosofía del ser, el materialismo dialéctico, capaz de demostrar que “la materia es primero que la idea”. Hace tiempo que marxistas lúcidos comprendieron la imposibilidad de construir una ontología general y limitaron sus aspiraciones científicas a la esfera de lo histórico-social. Pero aun en este terreno la crisis subsistió y hoy son cada vez más débiles los esfuerzos por construir, para otras formas de sociedad, lo que Marx parece haber logrado para el capitalismo, una obra que fuese al mismo tiempo explicación científica y manifiesto revolucionario. La discusión sobre otros modos de producción parece condenada a optar entre el empirismo y el estructuralismo. Y de nuevo los marxistas más avanzados comprenden que el carácter científico de su teoría no puede ser sostenido para todo tipo de sociedad y limitan su validez al capitalismo. El marxismo sería entonces, en lo esencial y al mismo tiempo, una comprensión científica y una crítica de este modo de producción. (2).

Por todo lo señalado, si podemos mostrar que en el “El Capital” se reproducen con toda su fuerza la crisis y la dualidad ontológica que corroe al materialismo histórico, la validez científica del marxismo podría debilitarse. Si resultase que “El Capital” es una variante de la teoría de la alienación y que, en consecuencia,

valor de cambio; (b) descubriremos que dicho factor común no puede ser ni el valor uso, ni el peso, ni la forma, etc.; (c) en consecuencia, tendrá que ser el trabajo lo único que tienen en común las mercancías.

Si en estas primeras páginas Marx hubiese dicho que su razonamiento se aplicaba sólo a las mercancías producidas por el trabajo, se habría expuesto al ridículo. Por ello sorprende que en el Cap. III del mismo Tomo I se afirme: a) al mercado van bienes que no son productos del trabajo; (b) por cuanto ellos son comprados y vendidos han de tener valor de cambio, (c) por no tener trabajo incorporado, estos bienes **NO TIENEN VALOR**. ("La tierra no cultivada no tienen ningún valor porque en ella no se materializa trabajo humano alguno". 'El Capital' pág. 64). Ante este razonamiento, parece ineludible preguntar: ¿qué habría pasado si por error una de las dos mercancías escogidas en el Cap. I, para ver qué tenían en común, hubiese sido tierra no cultivada? Según Marx, en este caso no podría haber intercambio porque esas dos mercancías nada tienen en común.

Ocurre que la verdadera fundamentación del concepto marxista clave, el valor, no es la deducción lógica del Cap. I que pretende partir de la realidad capitalista, sino el axioma establecido apriori en el Cap. III: lo que no tiene trabajo no tiene valor, es decir, **NADA VALE**. Y esto es la teoría de la alienación de los Manuscritos del 44, la restauración de Hegel. La realidad capitalista está alienada porque en ella "parecen" tener valor cosas que en "realidad" no lo tienen. Y ¿por qué no lo tienen? Porque no tienen trabajo. El "valor" de los bienes que no son producto del trabajo es sólo una falsa conciencia, una ideología generada por la sociedad burguesa.

Este es un poderoso instrumento de denuncia y crítica del capitalismo, porque efectivamente, cuando alguien cambia bienes que no son productos del trabajo, expropia a los que sí trabajan. Pero una cosa es criticar al capitalismo y otra bien distinta es explicarlo científicamente. Y este objetivo no puede alcanzarlo ninguna teoría cuyo punto de partida sea afirmar que lo que no tiene trabajo no tiene valor, porque en la realidad capitalista, los bienes **VALEN**, independientemente de que tengan trabajo o no.

2. David Ricardo inicia sus "Principios" con este párrafo:

"El valor de un bien económico, o sea la cantidad de cualquier otro bien por la cual podrá cambiarse, depende de la cantidad relativa de trabajo necesario para producirlo". (7)

De esto se desprende: (a) que el valor de un bien es, para Ricardo, su valor de

cambio, y (b) que el tiempo de trabajo **INFLUYE** sobre dicho valor. Si a esto agregamos que este autor señala claramente que su teoría del valor rige sólo cuando hay competencia y para los bienes cuya oferta puede ser incrementada por el trabajo, tendremos los trazos esenciales de una teoría científica. Porque ¿quién se atrevería a negar que el tiempo de trabajo **INFLUYE** sobre el valor de una mercancía en la medida en que haya competencia, movilidad de capitales, flexibilidad de precios y oferta ilimitada de recursos naturales? ¿Quién se atrevería a negar que si la competencia y los demás supuestos son todos perfectos, lo único que influirá sobre el valor será el tiempo de trabajo?

La teoría del valor de Ricardo se mantiene permanente y conscientemente dentro del plano de la lógica. Es decir, no pretende decirnos lo que la realidad ES, sin más; sino lo que ella es, **DADOS** determinados supuestos. Por ello su ámbito es el plano lógico y no el ontológico. Y Ricardo puede hacer esto porque él no pretende con su teoría del valor proporcionar fundamento teórico a una revolución proletaria, a una revolución que se basa en la primacía del trabajo. Para decirlo de otra manera, Ricardo podría aceptar sin mayores problemas que el trabajo es el único determinante del valor, sólo en un modelo teórico o lógico construido por él sobre un recargado conjunto de supuestos y axiomas.

Lamentablemente, la teoría del valor de Marx nada tiene que ver con la de Ricardo. Aquel no podía aceptar lo que éste. ¿Qué habría quedado en pie del fundamento de una revolución proletaria, si Marx hubiese afirmado alguna vez que es en un modelo teórico donde el trabajo es la única fuente del valor? Es evidente que la revolución, en Marx, no puede fundarse en un planteamiento lógico sino en uno de carácter ontológico. No en uno que atañe a las formas de aproximarse al SER, sino en uno que se refiera directamente a él. Marx **TIENE** que afirmar que es en la realidad capitalista y no en un esquema lógico donde el trabajo es la única fuente del valor. Y ello sólo es posible sustituyendo la fórmula científica de Ricardo, "el trabajo **INFLUYE** sobre el valor", por la fórmula moral "el tiempo medio de trabajo socialmente necesario **ES** el valor". Ello sólo es posible sustituyendo el enfoque científico del Cap. I por la definición tautológica del Cap. III (el trabajo es la única fuente del valor porque los bienes que no tienen trabajo nada valen y nada valen porque no tienen trabajo).

La teoría del valor de Marx no es científica porque al afirmar que hay bienes que tienen valor de cambio, pero no tienen valor, pierde toda posibilidad de explicar la realidad capitalista en la cual di-

chos bienes sí tienen valor. Por el contrario, esta teoría es de un altísimo poder ideológico en la lucha contra el capitalismo, porque explica cómo es que, **DADA** la economía mercantil, es decir, **DADO** el valor de cambio, a través de éste se expropia trabajo a los obreros.

3. Con la categoría "capital" repite Marx el mismo salto ilícito de lo lógico a lo ontológico que realizó para el valor. Que el trabajo es la única fuente del valor y que capital es exclusivamente trabajo expropiado, son los dos pilares sobre los que se sustenta la concepción marxista de la revolución.

En el Cap. XXIII del tomo I de "El Capital", al diferenciar entre "acumulación originaria" y "acumulación estrictamente capitalista", Marx deja claro cómo llega a establecer qué capital es exclusivamente trabajo expropiado. Veamos rápidamente su razonamiento:

"La mera continuidad del proceso de producción . . . transforma necesariamente todo capital más tarde o más temprano en capital acumulado o en plusvalía capitalizada. Aunque al lanzarse al proceso de producción fuese propiedad personalmente adquirida por el trabajo de quien lo explota, antes o después se convierte en valor expropiado sin retribución, en . . . trabajo ajeno no retribuido" (El Cap. pág. 479).

"... es probable que el capitalista haya entrado en posesión del dinero en determinado momento, en virtud de una cierta acumulación originaria, independientemente de la apropiación de trabajo ajeno no retribuido". (Pág. 478-479).

"En el raudal de la producción, los capitales iniciales desembolsados van convirtiéndose en una magnitud que tiende a decrecer (magnitud evanescens, en sentido matemático) comparada con el capital directamente acumulado, con la plusvalía revertida a capital" (Pág. 495).

Así se construye un concepto científico y en consecuencia abstracto, el concepto de "acumulación estrictamente capitalista". Allí dice Marx: Si suponemos que ha cesado la acumulación originaria, que el capitalismo ha absorbido a todas las formas precapitalistas de acumulación, que la explotación se realiza exclusivamente por la compra de la fuerza de trabajo, que los capitalistas ya no se enriquecen apropiándose de la naturaleza, expropiando campesinos o por medio del robo y el pillaje, entonces la única fuente de acumulación es la plusvalía y podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que "capital es exclusivamente trabajo expropiado".

Hasta aquí el Marx científico e irreprochable. Pero el Marx revolucionario no puede, de ninguna manera, hacer explícito este tipo de razonamiento. ¿A quién se le ocurriría fundar una revolución en la idea de que capital es trabajo expropia-

do, en un modelo abstracto construido sobre un fuerte contingente de supuestos? Pero Marx sabía perfectamente por quién decidirse cuando su enfoque lo obligaba a escoger entre ciencia y revolución. En el Cap. XXIII establece con claridad cómo se llega científicamente a que "capital es trabajo expropiado". En todo el resto de "El Capital" y sobre todo en su discurso político, desaparecen por completo los "SI" condicionales y un juicio hipotético se convierte en categórico, o lo que es lo mismo, una verdad estrictamente lógica deviene ontológica. Exactamente lo mismo que hizo con el valor. Capital es trabajo expropiado entonces, en la realidad misma y no "SI se cumplen x, y o z". Es la misma metafísica hegeliana que quiere sustituir al ser por el pensar o hacer pasar por realidad lo que es sólo un sistema lógico. Sólo así podría acceder a la existencia una ciencia económica marxista, o lo que en nuestra hipótesis es lo mismo, una ciencia que fuese explicación y crítica del capitalismo al mismo tiempo.

Una crítica al Capitalismo sólo puede fundarse en juicios de carácter ontológico. Pero ello implica renunciar a la ciencia porque todo juicio ontológico sobre el SER, o, lo que es lo mismo, todo juicio no sujeto a supuestos, es, por definición ideológico. En el otro extremo, todo intento de hacer ciencia ha de basarse en juicios lógicos, hipotéticos, y ello debilita el fundamento de la revolución.

4. Toda la dualidad de "El Capital" se pone de manifiesto en la confrontación entre el Tomo I y el Tomo III, entre el postulado moral según el cual lo que no tiene trabajo no tiene valor y la realidad empírica en la cual las cosas VALEN, tengan trabajo o no. Es el proyecto revolucionario que potencia la jerarquía del trabajo frente a la verdadera realidad capitalista, la única que existe más allá de la mente o la moral de los revolucionarios. Es la lucha entre Hegel y Ricardo que escinde a Marx en lugar de ser sintetizada por él.

En el tomo III, al tratar de conectar la plusvalía con la ganancia y el valor con los precios de producción, es decir, al afrontar la empiria capitalista tal como ésta ES, Marx hace este inaudito planteamiento.

"Pero éste (el que no coinciden valor y precio de producción, e.g.) es un proceso que se desarrolla a espaldas de él (del capitalista e.g.) que él no ve, que no comprende y que en realidad no le interesa. La diferencia de magnitud entre la ganancia y la plusvalía en las distintas ramas de la producción oculta enteramente la verdadera naturaleza y el origen de la ganancia, no sólo para el capitalista, interesado en engañarse desde este punto de vista, sino también para el obrero. Con la transformación de los valores en precios de producción, perdemos de vista lo que

constituye la base de la determinación del valor" (Tomo III, pág. 173, subrayado nuestro).

Resulta que en la realidad capitalista el valor se pierde de vista, no sólo para la burguesía, empeñada en engañarse, sino también para el proletariado, capaz de captar la realidad "en su esencia". Pero, si perdemos todo contacto empírico con el valor, ¿cómo puede alguien impedirnos que sigamos afirmando que lo que no tiene trabajo no tiene valor y que, en consecuencia, la única fuente del valor es el trabajo? Pero al mismo tiempo ¿cómo puede alguien falsificar nuestro planteamiento si la única prueba a favor o en contra ha desaparecido? Lamentablemente si algo no puede ser falsificado, tampoco puede ser verificado.

La honestidad científica de Marx pone de manifiesto elementos que atentan contra su sistema. Generalmente se sostiene que la conexión entre valor y precio de producción es posible porque en la fórmula  $C + V + P = W$  (capital constante más capital variable más plusvalía = valor) sólo hay que sustituir la plusvalía por la ganancia para obtener los precios de producción. Marx deja claro que esto es falso al señalar que C y V vienen ya expresados en precios de producción y suponen la tasa media de la ganancia. Con esto Marx acepta que a nivel de las mercancías individuales, o de cualquier conjunto particular de ellas, no se puede establecer ninguna conexión entre valor y precio de producción, es decir, entre valor y realidad mercantil-capitalista. Ello basta para destruir cualquier posibilidad de existencia de una Economía Política basada en la teoría marxista del valor. No puede haber ciencia económica si no se puede explicar el valor de cambio de las mercan-

cías producidas por un sector de la economía.

Marx, que estaba perfectamente consciente de esto, recurre entonces a una última posibilidad. Para conectar su teoría del valor con la realidad capitalista, pretende que aquélla sirva para explicar cómo es que el trabajo determina la masa total del valor, el valor del conjunto de todas las mercancías. Pero, al hacer esto, nos sume en la duda puesto que nos había repetido hasta la saciedad, nos había educado en la idea de que el valor es una relación social de producción que emerge del enfrentamiento de propietarios privados. Y ¿cómo puede pensarse siquiera EL VALOR de todas las mercancías, si el conjunto así formado no podrá enfrentarse a ningún otro para poder constituir una relación social de producción? EL VALOR del conjunto de todas las mercancías, no puede ser más que una sumatoria, éstas excluyen por definición los opuestos y las relaciones sociales capitalistas no pueden constituirse a menos que haya opuestos. Por cuanto el conjunto de todas las mercancías no puede tener valor cambio, si tuviese valor, sería éste el único caso registrado hasta ahora en el cual una esencia carece de fenómeno o un contenido carece de forma (Marx no dijo en el Cap. I del Tomo I que el valor de cambio era la forma del valor).

En resumen, ni para las mercancías individuales, ni para las de un sector de la economía, ni para el conjunto de ellas, es posible una ciencia fundada en la teoría marxista del valor, es decir, en la crítica de la sociedad capitalista. Porque ninguna ciencia puede ser montada sobre una categoría que se pierde de vista para las dos únicas clases que existen en el "El Capital", la burguesía y el proletariado. ○

#### NOTAS

1. Lucio Colletti, Marxismo y dialéctica. New Left Review, Sept-Oct. 1975. Pág. 29.
2. En Venezuela, dos marxistas destacan por su avanzada comprensión de la crisis que vive el marxismo. Ludovico Silva ha venido insistiendo en que el marxismo no es una filosofía del ser sino una comprensión científica del capitalismo y que, en consecuencia, la fundamentación de la teoría revolucionaria hay que buscarla en "El Capital". Rigoberto Lanz, por su parte, ha destacado la profunda crisis que vive el marxismo y la necesidad de dotarle de una fundamentación epistemológica coherente. Ambos autores, por cuanto han superado con creces ese marxismo que todavía cree en los manuales de Konstantinov, tienen ahora la posibilidad, y, por supuesto, también la responsabilidad, de afrontar la ruda crítica de Colletti y de sustentar con los planteamientos concretos de "El Capital" por delante, el carácter científico y al mismo tiempo revolucionario del marxismo.
3. C. Marx. Contribución a la Crítica de la Economía Política. Instituto Cubano del Libro. Pág. 39.
4. I. I. Rubin, Ensayos sobre la teoría marxista del valor. Pasado y Presente. pág. 202.
5. EL CAPITAL, F.C.E. Pág. 39.
6. I. I. Rubin, Pág. 202-203.
7. David Ricardo, Principios de Economía. Edic. Aguilar. Pág. 3.